

¿LA CULTURA NOS SALVARÁ?

*Un poco de conocimiento es un asunto peligroso;
Beba profundamente de la Fuente de Pieria o no beba nada.
Porque allí, solamente sorbiendo un poco, intoxica el cerebro,
Mientras que bebiendo mucho nos devuelve la sobriedad.*

Alexander Pope, *Un Ensayo sobre la Crítica* [1709]*

Si partimos de la premisa que el fenómeno de la “cultura” es, en realidad, un sistema epistemológico, puede ser cierto lo que nos encomienda Alexander Pope, este reconocido poeta de la Inglaterra del siglo XVIII educado por los Jesuitas. En su poema “Un Ensayo sobre la Crítica”, Pope habla de la necesidad de beber profundamente o nada en la Fuente de Pieria (donde habitan las Musas). Un poco de conocimiento es un asunto peligroso porque intoxica el cerebro, dice Pope; beber de esta fuente profundamente, nos devolverá la sobriedad. Otro Inglés, Matthew Arnold, en el siglo XIX, dijo algo parecido: ¡Resiste la tentación de correr a la calle con ideas medio-formadas! Finalmente, la sabiduría folclórica propone: Nunca enseña a un tonto un trabajo hecho a medias.

¿Porqué estos *caveats*? ¿No es el caso que la “cultura” nos salvará de la corrupción, el subdesarrollo, la polarización, la intolerancia y la violencia? La vanguardia de intereses y gustos publicados en los dos hemisferios, durante éste década, brilla con la esperanza puesta en estudios culturales y la “cultura” en general. Cualquier periódico, incluyendo los diarios nacionales de El Salvador, presenta su sección sobre algún aspecto de las nueve musas y los siete artes liberales que ahora se llama “cultura”, presentadas como salvación nacional. Y así surge la pregunta, ¿La cultura nos salvará?

Delimitamos el término o concepto y aclaramos que por “cultura” se quiere señalar una educación en filosofía, historia, literatura, arte, música, las artes liberales, incluyendo el arte de la conversación, de la argumentación con elocuencia en público para persuadir (el viejo arte de la retórica)—todo lo que nos es encomendado por la *ratio studiorum* (currículum o plan de estudios) de San Ignacio de Loyola en el siglo XVI. La “cultura” propuesta aquí no es simple y sencillamente “información” o “conocimientos”. Es una amalgama analítica y estética de lo que está descrito arriba a que propongo agregar, para el siglo XXI, la contemplación, apreciación y estudio de las culturas de Asia, Africa, América Latina y Europa, pasado y presente.

En el original:

*A little knowledge is a dangerous thing.
Drink deep, or taste not the Pierian Spring.
There, shallow draughts intoxicate the brain and
Drinking largely sobers us again.*

Regresamos, entonces, a toda esta esperanza puesta en “la cultura”. ¿Será el caso que estaremos pintando, con la laca de cultura y la civilización, para encubrir o disfrazar el subdesarrollo y desigualdad, la violencia? Estas heridas requieren un bálsamo más cáustico. Tristemente, la cultura no impulsa movimientos políticos o religiosos, ni hace funcionar el gobierno por el bien de todos. Los estudios culturales no producirán relaciones económicas más equitativas. No formarán, por sí solos, una ciudadanía con percepciones morales y éticas más agudas, con menos intolerancia y prejuicios. En este sentido, la cultura, en aislamiento majestuoso de la sociedad, no nos salvará.

¿Para qué sirve la cultura, entonces? ¿A caso que es rentable? Bueno, “la cultura” se ha transformado en un elixir que nos salvará, se dice, del destino que más se debe de evitar en un país en vías del desarrollo: lo de ser un *nouveau riche* filisteo que no lee literatura, no va al teatro ni va al cine ni estudia la historia ni la filosofía. La cultura, dicen, *soto voce* (nunca abiertamente), encubre todos los males, las desigualdades, desgracias y demás pecados. Y así, volteamos la cabeza en la otra dirección para no ver la pobreza, la violencia, el crimen organizado, etc. La cultura, se argumenta (aunque sea inconscientemente) tiene una cierta “rentabilidad” en el sentido que nos puede salvar si andamos con libro en la mano y cine en los ojos, con un carro nuevo, o un contrato de trabajo lujoso con una corporación multi-nacional. Y eso cuando el patrimonio cultural de esta época no será la correspondencia recogida y editada para publicación. No, cuando abren nuestros baúles en siglos futuros, de nosotros encontrarán artefactos como las facturas para correo electrónico e Internet.

Voy a argumentar que estudios culturales en el sentido más amplio (como en la *ratio studiorum* de San Ignacio), al negar doblegarse ante otro fin que no es intrínseco a ellos, es su salvación y la nuestra. El pragmatismo y el utilitarismo no pueden hacer de “la cultura” una herramienta, un destornillador para apretar las tuercas de un barco que se está hundiendo o una sociedad en declive. En primer lugar, porque el estudio, análisis y escrutinio de textos, arte, filosofías, literaturas, etc. no es, necesariamente, la adquisición de sabiduría, en el mismo sentido que información, por sí sola, no es cultura. Sí, ayudan en el desarrollo del pensamiento crítico, el análisis de ideas, el discernimiento de diferentes puntos de vista. Pero la aplicación de las artes liberales a la mente no se traduce en buen gobierno. Los estudios culturales no son herramientas para alcanzar otro objetivo. Los textos, poemas, ensayos, música, arte, cine, etc. no son para utilizarlos para alimentar partidos y poderes políticos: son fines en sí y es fútil aplicarlos como maquillaje. La cultura de las artes liberales es su propio bien para alimentar el alma.

A ver si la historia nos puede ayudar un poco con este argumento. Durante las décadas de lucha para hacer valer los derechos civiles de los Negros en el Sur de los EE.UU. durante las décadas de los 1950’s y 1960’s con Martin Luther King y otros, la Corte Suprema de EE.UU. emitió un fallo, una sentencia, sobre la situación en la ciudad de Little Rock, en el estado sureño de Arkansas. Este fallo, sentencia, decisión de la corte lleva el título *Brown vs. the Board of Education* (algo así como, la decisión en el caso que trajo la familia Brown en nombre de la raza Negra contra el Ministerio de Educación). El caso tenía que ver con el debate entre la integración de las razas en el

sistema educativo versus el *status quo*, que era la segregación de Blancos y Negros en escuelas por separadas (segregadas), para evitar que se mezclara las razas. La esencia de este fallo era: “separate is not equal”. O sea, si se educan los Negros por separado de los Blancos, necesariamente los Blancos tendrán una educación mejor que los Negros que sufrían (y sufren) el desprecio del racismo, la segregación, una especie de Apartheid en el Sur (y el Norte) de los EE.UU que mantenían las dos razas estructuralmente aisladas, y los Negros subordinados y oprimidos. Surgieron las luchas legales y callejeras para demandar una parte de la igualdad, que era la integración de las escuelas, colegios y universidades.

El argumento es, por analogía, que si los maestros y profesores de un país, en la práctica diaria—ignorando los pensums del Ministerio de Educación—se quedan con los ojos puestos solamente y únicamente en su propia cultura, se están atrincherando en una especie de segregación. Así se está segregando a los jóvenes en una ataraya de exclusión que los mantiene segregados de lo demás del mundo. En este sentido, al graduarse, los jóvenes están tirados al mercado laboral, la vida cultural y la vida en general, atados manos y pies con una sola cultura, un solo idioma y conocimientos parciales para competir con los jóvenes de otros países que han estudiado ampliamente.

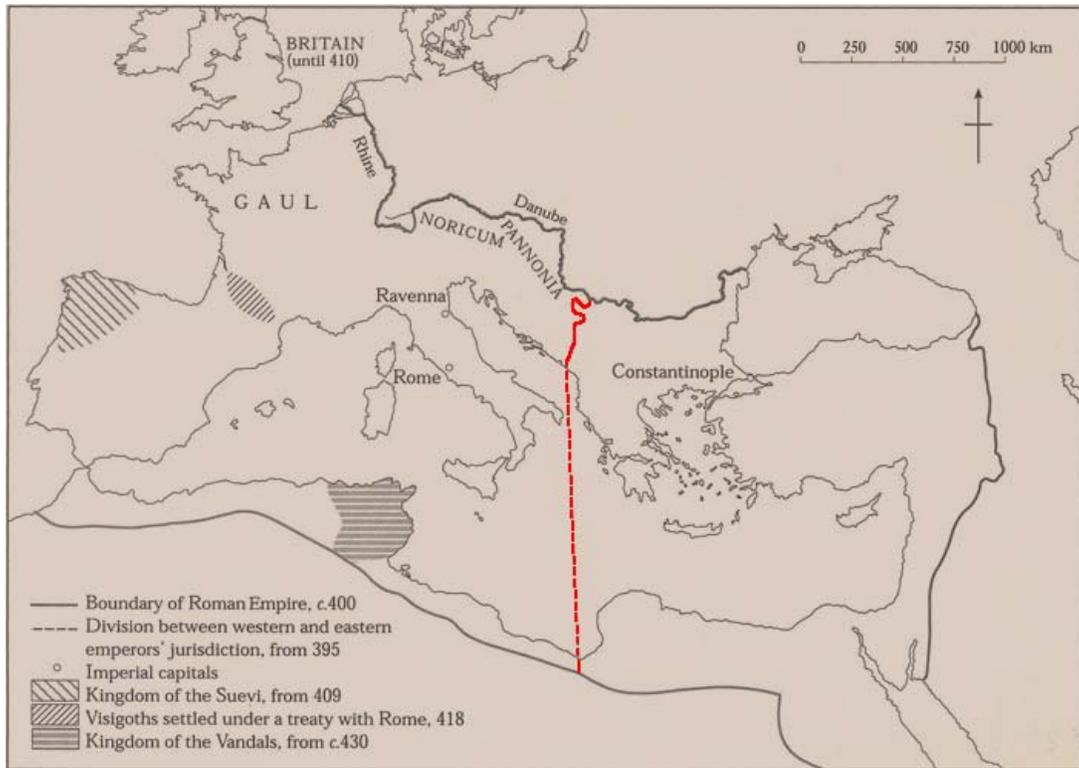
De esta formulación de la problemática se desprende el *caveat*: “El Salvador no es una isla”. Y un corolario de esta premisa es que el mundo no habla español—solo una parte del mundo habla este idioma. Los jóvenes graduados de cualquier país tienen que tratar con el mundo “extranjero” en todos sus aspectos. Ahora, en 2008, los jóvenes tienen que interactuar con otras culturas para obtener una beca en el extranjero o un trabajo en una corporación extranjera. Si se van a otro país, lo mismo les toca.

Por lo tanto, es talvez necesario no solamente mantener el estudio de la cultura del propio país y de Ibero América; hay que complementarlo, con el estudio de las múltiples “culturas” de los mundos asiáticos, europeos y africanos pasados y presentes. Mantengo este argumento porque, el hecho de mantener la separación entre la cultura nacional y otras culturas, en la práctica, en las aulas, es igual a promover a una segregación cultural que conlleva desigualdad, tipo *Brown vs. the Board of Educación*. Separate is not equal.

Para no multiplicar ejemplos de la misma índole, salgamos del ámbito legal y veamos un argumento que proviene de la historia poco estudiado por estos lados: la separación—segregación—de culturas en el Imperio Romano cuando se quebrantó en dos partes en el siglo IV. La cancha del Mediterráneo vio el partido de Roma versus Bizancio, Latín versus Griego, el Papa de Roma versus el Patriarca de Bizancio (que, irónicamente, también era Roma). Ambos imperios eran Cristianos. Ambos se llamaban Roma.

La división, polarización, intolerancia y violencia entre el Oriente del Mediterráneo y el Occidente del Mediterráneo—todo el mundo en aquella época—duró mil años. Era tal que en Bizancio no conocieron ni a San Agustín ni sus obras y pensamiento, mientras que Aristóteles y los Griegos (la cultura de los Griegos en Bizancio) eran desconocidos en lo que iba ser Francia, Inglaterra, Italia y demás regiones de la Europa Occidental. Conflictos teológicos y comerciales, intrigas y excomulgaciones mutuas reinaban en una verdadera Guerra Fría de baja y alta intensidad. Corrió la sangre largamente cuando

Christendom se dividió. Ni hablaban el mismo idioma (Latín versus Griego) y se pusieron a pelear porque estaban separados por el desconocimiento de una cultura de la otra.



Partiendo otra vez de la premisa que “separate is not equal” [separación no permite la igualdad], se observa que Occidente (Roma, Ravenna), su vida y ritos religiosos crecieron solos, separados y sin contacto con la intensificada espiritualidad y misticismo de los ortodoxos de Roma del Oriente (Bizancio) que hablaban Griego. Por lo tanto, Occidente se desarrolló en una dirección intelectual, sistemática, metodológico, hablando y escribiendo solamente Latín, un Latín pobre a causa de su separación y segregación del mundo Griego. También, en Occidente se utilizó solamente las herramientas de la lógica: *lectio*, *quaestio* y *disputatio*. Se practicó la precisión, legalismo, la violencia dogmática hacia la cultura griega del Bizancio.

Mientras tanto, Bizancio, separado del Occidente, floreció en la dirección de la ortodoxia pura de su versión de la Cristiandad, pensando, escribiendo y hablando solamente en Griego, este idioma tan fino y preciso que el Latín cayó al suelo por comparación. Sin embargo, la intolerancia de los Bizantinos (que se consideraron superiores, lo más puros en su ortodoxia cristiana) hacia los Latinos de Occidente llevó a Constantinopla en Bizancio a desterrar a los que no pensaban como ellos. Desterraron, por ejemplo, los que Constantinopla, en su sereno aislamiento, designó como la herejía de los Nestorianos (los Cristianos que creyeron que la naturaleza de Cristo era más al lado de lo humano que al lado de lo divino).

Deportados de Constantinopla bajo amenaza de muerte, algunos Nestorianos buscaron y encontraron un lugar en la tolerancia de las escuelas de traducción en Bagdad. Es que los Nestorianos hablaban y escribían Griego y los Árabes, muy prácticos en su anhelo de construir su imperio y nación, querían traducciones del Griego al Árabe de Galeno, Hipócrates, Platón, Aristóteles, *et al.*--todo lo que era práctico para la construcción de sus imperios, su cultura, fue prestado y traducido para hacer crecer la grandeza del Islam.

Mientras tanto, y dialécticamente, las concentraciones urbanas de lo que iban a ser las ciudades de París, Londres y Roma en Occidente, segregadas de Oriente, se hundieron administrativamente: dificultaba la recolección de impuestos y impuestos sobre la renta. No había luz para alumbrar las calles, la salud pública sufría la falta del tratamiento de las aguas negras. Funcionaban en una manera pobre los puentes, los acueductos, las carreteras. Hasta el siglo XIII, Europa Occidental funcionaba sin universidades. Enterraron sus muertos empacadas en sal, sin incienso, ni bálsamo ni especias. Este era el reino del Latín (Roma) contrapuesto al reino del idioma Griego (Bizancio que también se llamaba Roma). No se entendieron, no se podían negociar uno con otro por no entender sus idiomas ni sus ritos religiosos—cada uno se aisló de la cultura del otro.

Pero, en última instancia, Occidente tenía que rogar las traducciones que las escuelas de traducción de Bagdad, Palermo y Córdoba en Oriente hicieron de los pensadores Griegos. En estas escuelas, la grandeza de la filosofía, historia y literatura de Atenas fue traducida del Griego al Hebreo o Árabe, y finalmente a un Latín Vulgata inferior con enormes deficiencias por comparación con el Griego. Los de Europa Occidental pudieron leer a los Griegos solamente en traducciones de tercera mano llenas de errores, imprecisiones, malas interpretaciones. La separación orgullosa entre las dos culturas—Oriente versus Occidente, ambos Roma—causó esta deterioración. Separación, aislamiento y ensimismamiento no son sinónimos de la igualdad. Separate is not equal.

Manteniendo en mente la separación de Bizancio de Roma en el siglo IV y de la sentencia de la Corte Suprema de EE.UU. en *Brown vs. the Board of Education* en el siglo XX, consideramos la situación educacional de El Salvador en el siglo XXI. Hemos argumentado que El Salvador, geográficamente hablando, no es una isla, sino contiguo con los continentes al norte y al sur. Pero, si se revisa la **práctica** en las aulas de los colegios y universidades de El Salvador, no se escuchará más que migajas de literatura, historia y filosofía que no es la cultura nacional, regional o continental (lee, Ibero América). Y eso, aunque existen los temas de cultura internacional plasmados por escrito en los planes de estudio.

Una visión global en el año 2008, sin embargo, nos dice que este país tiene los ojos de otros hemisferios puestos en sus mercados, su territorio nacional, su fuerza laboral, su economía y su ubicación geográfica estratégica en general. Tratados internacionales se imponen en el país. Los trabajos ahora no exigen hablar solamente español, si no, otros idiomas también, además de la facilidad de moverse en los ámbitos de otras culturas. Mientras tanto, siguen volteados los ojos de maestros y alumnos hacia dentro del país, separados al nivel nacional de otras culturas en la práctica en las aulas.

En este esquema, el hecho de rechazar, *de facto*, en muchas aulas, se enciende una lucha ideológica, *sub rosa*, para salvaguardar la identidad nacional y la pureza de la cultura en la educación. Así se mantiene, psicológica e ideológicamente, una postura de segregación cultural, una separación atrincherada que separa los jóvenes de otros mundos posibles de la Asia, Europa y Africa, pasado y presente. Aquí hay sombras de Roma versus Bizancio y Negro versus Blanco en Little Rock, Arkansas.

Voy a argumentar que la identidad nacional no es tan frágil que no aguantará contacto con otras culturas, si no que la cultura nacional se fortalece por medio de estos contactos. Sin embargo, ¿Los graduados de los colegios y universidades nacionales han leído y pueden discutir, para mencionar unos pocos ejemplos, a Cicerón, Tucídides, Confucio, Mencio, Alcuino, Erasmo, Rabelais, Alexander Pope, Frantz Fanon?

Ahora, damos una vuelta de 90 grados al mundo en este argumento. Ya no hablamos del Oriente y Occidente en los siglos IV hasta XV, sino del Norte y Sur en el siglo XXI. Aparece Africa. Hablamos con Frantz Fanon, el psiquiatra del siglo XX nacido en la isla de Martinique en el Mar Caribe, quien luchó con los de Argelia en el Maghreb del Norte de África para su liberación nacional. La separación de culturas por medio de una especie de racismo o nacionalismo angustiado y angosto, Fanon denominó “The Pitfalls of Narrow Nationalist Consciousness” (o sea, “El Pozo de la Conciencia Nacionalista Restringida”). En este ensayo histórico y bien reconocido internacionalmente, Fanon argumentó que se tiene que examinar este nacionalismo—este afán de formar una nación por medio de una separación de otras culturas. La cultura nacional, argumenta, tiene que enriquecerse, profundizarse y transformarse en un humanismo. Si no, dice, se queda el país y la nación-en-formación en una calle tope. Y este humanismo propuesto por Fanon es un humanismo internacional, ya que enfatiza la inclusión del estudio de la cultura nacional junto con el estudio de otras culturas.

Acogiendo este humanismo internacional que nos encomienda Frantz Fanon como remedio para el nacionalismo restringido que cultiva la separación de culturas, florece una visión de cultura que promueve la cultura nacional pero sin el rechazo o miedo del contacto con y estudio y apreciación de otras culturas del pasado y el presente.

Incorporando el estudio y la apreciación de otras culturas e idiomas en la verdadera práctica en las aulas a diario (no solamente impresos en los planes de estudio guardados y desconocidos en el archivero), fortalecemos y profundizamos las posibilidades para que la cultura en mayúscula nos pueda salvar del aislamiento y desigualdad en este nuevo mundo que nos viene encima.

Entonces, y finalmente: ¿la cultura nos salvará? Los estudios culturales que desprende de un humanismo internacional, sí. Pero, de los estudios culturales que usan las orejeras de separación de otras culturas, no se puede esperar contribuciones para salvarnos del aislamiento. Se pide agregar al estudio profundo de la cultura nacional, la educación complementaria que surge de un humanismo internacional. De otro modo, un poco de conocimiento, sí, es peligroso y nos lleva al afán de correr a la calle con ideas hechas a medias. Separate is not equal.

Katherine Miller
Directora de Asuntos Culturales

LECTURA RECOMENDADA:

Arnold, Matthew. *Culture and Anarchy and Other Writings*.
(Cambridge University Press, 2000)

Fanon, Frantz. *The Wretched of the earth*. Preface by Jean-Paul Sartre.
(New York, 1963)

Pope, Alexander. *The Poetry of Alexander Pope*.
(Yale University Press, 1963)

Smith, J.M.H. *Europe After Rome* (Oxford University Press, 2005)